

LA TARDE

AÑO XXI

DE LORCA

N.º 5.442

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN : VIERNES 22 FEBRERO 1929

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

CRÓNICA

AÚN HAY EXCEPCIONES

«La vanidad—ha dicho un humorista—es lo único que nos distingue de los demás animales». Esta afirmación, que parece una broma, envuelve una verdad irrefragable. En todas las escalas zoológicas conocidas, no podríamos hallar animal a quien cuadrara, como al hombre, el concepto de vanidoso. Ello es aun que algunos observadores, que presumen de sutiles, os hayan dicho que el gallo y el león, por ejemplo, son vanidosos también. Los escritores a quienes me refiero, sin ningún motivo razonable, se permiten, a tontas y a locas, agraviar con caprichosas hipótesis a los gallos y a los leones. De su conducta en los corrales y en las selvas, no podemos colegir en verdad la vanidad que se les atribuye. Sabemos que son bellos, que son fieros, que son gallardos, pero no podemos achacarles, sin incurrir en ligereza, que son al mismo tiempo vanidosos. En cambio, ¿quién se atrevería a negarnos la vanidad que ciega a los hombres?

Observad a un ateneísta, a un autor dramático, a un médico, o a un abogado de mediana reputación, a un horterilla con su traje de domingo, a quien quiera que sea... Les oiréis y les veréis, a poco sentido crítico que pongáis en vuestra observación, inflados de la más grotesca y desmedida vanidad.

Ello es asombroso y propicio a la meditación y al examen, porque quizá es el hombre el único animal que tiene conciencia de lo precedido de la vida.

Y siendo así, no se concibe que el hombre, que sabe con cuanta desoladora brevedad ha de convertirse en polvo, abrigue ese sentimiento de vanidad acerca de cosas y cualidades

tan fugitivas y mezquinas. Este amor absurdo y desconcertante hacia lo efímero—la belleza de la mujer que lucimos del brazo, la elegancia de nuestras corbatas, el aplauso de los demás, etc.—¿es en esencia algo más que vanidad?

Tomás de Kempis, el de las palabras más desconsoladoras del mundo y espíritu más entristecedor que Schopenhauer, lo ha dicho muy bien: «Vanidad es amar lo que tan presto se pasa, y no buscar con solicitud el gozo perdurable».

¡El gozo perdurable...! He aquí la única conquista espiritual que apetecen los hombres verdaderamente inteligentes y superiores.

Fuera de ese anhelo espiritualísimo, todo lo que resta en el mundo—lo diremos con las bellas y terribles palabras del «Eclesiastés»—sólo es «Vanidad de vanidades y todo vanidad...» ¿Por qué, pues, hemos de creernos, por lo poquito que hacemos conseguido en la vida con la llamita de nuestra inteligencia, más grandes que los demás? ¿Por qué hemos de permitirnos desdeñar a los otros hombres? ¿Dónde está la eternidad, o la novedad siquiera de las obras nuestras, de donde pudiéramos arrancar la legitimidad de nuestro empaque vanidoso? «¿Qué es lo que fué? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará, y nada hay nuevo debajo del sol». Y más adelante: «Yo miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y afición de espíritu».

Y si saltamos del «Eclesiastés» a nuestros grandes poetas inmortales, daremos con aquellos imponderables y tremendos versos de Jorge Manrique, el de las «Coplas»:

«¿Qué se hizo el Rey D. Juan?
Los Infantes de Aragón
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán,
y qué de tanta invención
como truxeron?
Sus justas e sus torneos,
Paramentos, bordaduras
e cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?».

Sí; es cierto. Todo es nada en esta vida percedera. Pero es menester una gran inteligencia o una bondad muy grande, para albergar en nosotros esta amplia y profunda mirada del espíritu. Sólo los hombres muy bondadosos, muy inteligentes, pueden emanciparse de la vida.

Viene todo ello a cuento de un hombre a quien acabo de conocer personalmente. Este hombre, cuya frente está habituada al laurel del aplauso y de la gloria, es todo llaneza, cordialidad, sencillez. Me pareció extraordinario el caso, y he querido anotarlo en las líneas de este artículo. Dueño el hombre a quien me refiero de una exuberante capacidad artística, dueño de una sensibilidad llena de emociones y de matices ha sabido enfrentarse con el triunfo sin desvanecerse, y ha sabido encontrar, en la misma entraña del corazón—un corazón lleno de ternuras y de abnegaciones, la resonancia de ese «gozo perdurable» de que nos habla Kempis.

Este hombre, digámoslo sin más rodeos, es el maestro Pablo Luna, y viéndole yo la otra tarde tan efusivo con los altos y con los humildes, tan cordialísimo con todos, pensé por una súbita asociación de ideas; en aquel enorme don Francisco de Goya y Lucientes, aragonés también como el maestro Luna, que de reyes abajo con todos mostrábase amigo y fraternal y compasivo, no obstante ser el más alto pintor de su tiempo, y uno de los más grandes de todas las épocas del mundo.

Y es que para estos hombres privilegiados, para estos hombres de tanta reciedumbre espiritual, excepciones consoladoras en este retabillito de vanidades que es la vida, «la palabra vanidad»,—como ha dicho un filósofo—está escrita con el polvo de los imperios».

ALBERTO VALERO MARTIN

AVISO LA CASA SALA

ULTRAMARINOS
acaba de recibir el muy rico
FILETE DE BACALAO
sin piel ni espina, al limitado
precio de 1⁵⁰ pesetas
la caja de medio kilo.

El anuncio es oro.
No lo olvide el comerciante y
el industrial.

PLUMAZOS

Dicen de Sevilla que en la carretera de la Algaba paróse un autobús con varios viajeros para tomar gasolina.

Un alemán, borracho por cierto, arrojó una cerilla encendida en el depósito del auto explotando éste.

El alemán sufrió quemaduras de primero y segundo grado.

Después de arrojar la llama que originó la explosión, ¿vino a sufrir quemaduras además? ¡Pobre señor!

La policía china de Pekín se ha declarado en huelga.

Piden aumento de salario y están dispuestos a no ejercer sus cargos sino son atendidos.

Entre tanto Pekín está sin policía.

Aviso interesantísimo que damos en este día a ladrones y asesinos: En Pekín, no hay policía.

Leo que de la Cárcel de Columbus (Norte América) se han fugado cinco presos después de limar los barrotes de la reja.

Un cómplice de los fugados tocaba un arpa en su celda para que no se oyera el ruido que producía la lima contra los barrotes.

Para originalidad, los yanquis no tienen fin. ¡Válganos el Tío del arpa! ¡Que cosas pasan allí!

En Nueva York se extreman los rigores contra los infractores de la ley seca.

Ahora ha votado el Senado una ley castigando con 10.000 dólares o cinco años de presidio al que beba otra cosa que no sea agua.

Si por acá promulgaran esas leyes, estoy cierto que habría que construir más presidios, que hay conventos.

Indudablemente la Exposición de Barcelona va a ser una gran cosa.

Me encanta oír a los que vienen de la Ciudad Condal, pues cuentan y no acaban de lo que allí se está haciendo.

Pero hoy al leer lo que cuesta a España dicha Exposición mi desilusión ha sido enorme.

¿Qué dirán ustedes que va costar en junto la Exposición? Pues ciento sesenta millones.

Y, francamente, confieso con toda sinceridad que no ha de asombrar a nadie si cuesta esa cantidad.

PILI.

GRAN CAFÉ DE LA CAMARA

Exquisito café Moka y Caracolillo. Bebidas y licores de todas clases y de las mejores marcas. Vermut y aperitivos.

NARRACIONES

Una vez que fui mendigo...

I

Me vestí de harapos. La chaqueta y el pantalón estaban llenos de remiendos y roturas. Deshilachados y sucios también y descoloridos también por muchos sífios. Las alpargatas—una de cada color—tenían aberturas, por donde se asomaban los dedos. Las barbas, de una semana. El cabello, largo y lacio. Ensuciado el rostro y las manos, y un tanto encorvado el busto, para dar sensación de fatiga y agotamiento.

Quedé contento del disfraz. Hasta tal punto, que cuando me miré al espejo me dió tentación de socorrerme a mí mismo.

La causa de semejante originalidad—algunos la llamarían chifladura—era mi cansancio por el hartazgo de la vida. Mi mesa, abundantemente repleta, me causaba hastío; malestar inexplicable aquel continuo variar de trajes y corbatas y aburrimiento la vida de ocio y de inutilidad que arrastraba el dinero; tenía en mis habitaciones cuantas comodidades podían desear: coche a la puerta; diligentes criados y mujeres que satisficieran mis más insignificantes caprichos. No conocía la vida más que por un lado. Por esto y porque una noche al volver a mi casa tropecé con un desdichado que tiraba de frío—y quién sabe si de hambre también—, pensé en abandonar mi envidiable situación y cambiar radicalmente de personalidad para gozar de sensaciones desconocidas, aun cuando éstas se redujeran a las que produce la miseria más absoluta.

Una tarde—ya disfrazado de mendigoso—me senté a la puerta de una iglesia y esperé.

II

Estuve solo poco tiempo. Llegaron un cojo de ambas piernas, por cuyo pantalón asomaban los muñones apergaminados, impresionantes; un viejecito arrugado y mustio, conducido por un perrillo faldero que se paraba de cuando en cuando para olfatear las porquerías de la calle; dos ancianas gotosas y flácidas y un muchacho epiléptico e idiota, que al verme se puso a reír, enseñando una dentadura podrida en unas encías negras y purulentas.

Empezaron las campanas a llamar a los feligreses. Cada uno de los miserables se colocó en el lugar más propicio para ser visto. El cojo se puso a mi lado.

—¿De dónde vienes, compañero?—me dijo.

—¡Pues...—titubeé—de lejos!

—¡Has estado desacertado en la elección de iglesia! No es que nos estorbes ¿eh? Pero, aquí a pesar de que viene buena gente, apenas sacamos para pagar la posada. ¡Está mal el oficio!.